



Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

# Destinos en el espejo

ENTRE HORMIGAS Y ALACRANES

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

“¿Dónde estuviste anoche?”, me pregunta Lorena con cierto cinismo, al encontrarme en la mesa de la cocina por la mañana, desayunando un par de huevos con chorizo y con los pantalones llenos de tierra. “Como si no lo supieras”, me hubiera gustado responderle sin remordimiento; pero le digo: “con mi madre”. Supongo me preguntará cómo la encontré; pero me dice, mientras sale de la cocina con un vaso de leche en la mano: “me saludas a mi querida suegra la próxima vez que la veas”. En realidad, Lorena no tiene la más mínima idea de dónde pasé la noche: aseguraría que estuve con Carolina, mi amante. Pero, a la vez, se las huele que ella y yo tenemos problemas.

Mi relación con Carolina comenzó hace dos años, cuando yo sospechaba que Lorena, mi mujer, coqueteaba con uno de sus compañeros de trabajo. Se comunicaban seguido. Si ella lo hace, yo también puedo, y voy a enganarla, me dije encolerizado. De ahí nació mi relación con Carolina, a quien conocí en un restaurantito donde solía yo comer los días de trabajo. Ella era una mesera atractiva, con tres hijos de tres hombres distintos, con quienes había mantenido relaciones que, para entonces, ya habían terminado. Carolina era el sostén único de su casa. Llevaba una vida miserable de sacrificio que me fue fácil alegrar con un poco de cariño.

Luego de dos años, se embarazó. Un maldito castigo de Dios. Yo no me podía hacer cargo del niño económicamente y Carolina, menos. Sucedió a las pocas semanas de que Lorena también resultara embarazada: ahora lo sé: de una niña.

Con la pandemia, Carolina y yo dejamos de vernos. Nos comunicábamos únicamente a través de mensajes por celular. Las pocas veces en que yo salía de la casa para marcarle por teléfono, terminábamos peleando. “Te estás haciendo del tamaño de una hormiga”, me dijo un día, porque tuve que decirle que no podía pagarle el aborto en el hospital. “Pídeles un préstamo a tus hermanos, luego vemos cómo les devolvemos el dinero”, le respondí.

Dejó de contestar mis llamadas. Me escribía amenazando que iba a tomar hierbas para provocarse el aborto. La famosa ruda. “Es muy peligroso; pide dinero”, le contestaba yo de regreso. Hasta que suspendió los mensajes. Pasaron algunos días y mi desesperación se infló. No concebía que fuera a provocarse el aborto en frente de sus hijos. Necesitaba ayuda y yo no encontraba la manera de proporcionársela. Hasta ayer, por la tarde. Le dije a Lorena que saldría a dar un paseo en el auto; pero fui a buscar a Carolina.

La encontré encerrada en su recámara, ensangrentada, físicamente deshecha, sin poder moverse, con el feto en el piso junto a la cama. “Envuélvelo



en una toalla y entiérralo”, me dijo ahogándose en lágrimas.

Encerré a sus hijos en un cuarto y les pedí que esperaran hasta que yo volviera. Ayudé a Carolina a bañarse y cambié las sábanas de su cama. Al final, dijo que ella hablaría con su hermano menor para que fuera a ayudarla con el resto. Cuando sus hijos entraron a verla, Carolina estalló en llanto, como la erupción simultánea de varios volcanes a lo largo de una cordillera: una explosión de gritos tras otra.

Yo salí con el feto de un hijo; mi hijo no nacido, y anduve en el auto sin poder controlar el dolor en el pecho, sin saber dónde ir, sintiendo el rodar de las llantas como si fuera mi cuerpo el que se restregara contra el pavimento: Y así anduve, perdido entre las calles, hasta que me detuve frente a un parque. No sé cuánto tiempo me quedé ahí, ido, tan vacío y a la vez tan lleno de lágrimas y ardor en el estómago.

Al terminar de vaciar el llanto, encendí el auto y me dirigí a la carretera rumbo a Laredo. Tomé alguna de las entradas de terracería en el camino y luego de algunos minutos, bajé del auto con la llave de gato para cambiar neumáticos. Hice un pozo como pude, a golpes de piedra y patadas sobre la tierra seca y dura. Aunque las ampollas no tardaron en formarse, no me detuvieron. El dolor en el pecho me obligaba a continuar.

¿Cómo voy a amar a mi hija con Lorena, después de esto?, me perforaba la mente y el corazón preguntándose.

Al finalizar, lo dejé ahí, sin saber exactamente dónde, tapándolo con la tierra misma que había sacado, sin haber podido regalarle más que un pozo oscuro y erosionado en un monte, de treinta cen-

tímetros de profundidad, lleno de hormigas y alacranes.

ENTRE NUBES GRISAS Y BRISAS SUAVES  
OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

La mañana era espléndida, sin demasiado calor. Amaneció el día con un sol reluciente y el viento soplando suavemente, moviendo los follajes sin dejar caer los pétalos de las flores. Una ligera brisa, soplo divino o caricia del cielo se sentía aún, cual prolongación de una madrugada fresca.

Me levanté a la hora de costumbre, a las siete de la mañana, a pesar de ser fin de semana. Quería estar arreglada para cuando me cayera el chaparrón de preguntas de mi marido. Me había duchado en la madrugada, antes de meterme a la cama a dormir.

Anoche regresé algo más tarde de lo que le anunciara a Raúl, que llegaría, casi a las tres de la madrugada. Él sabía bien en dónde estaba y qué hacía: trabajar, solo trabajar, para llevar algún dinero extra al hogar.

Esa mañana se levantó casi una hora más tarde, de manera que para cuando entró a la cocina, el café estaba hecho y doña Lala ya estaba preparándonos el almuerzo acostumbrado en sábado: Machaca con refritos, jugo de papaya con naranja y unas gotas de limón y tortillas de harina recién hechas: ... para el señor, me dice; y para usted, ya tengo las de maíz.

Por mi parte estaba yo terminando un guacamole y una salsa. —Buenos días, amor (lo saludé al llegar él hasta el desayunoador). —Buenos, —me contestó; sin mirarme.

Malo, muy malo el cuento, pensé. Habrá pleito, nubarrones o por lo menos una fuerte discusión. Nada de eso

pasó. Terminamos de almorzar y él me avisa que saldrá, que estará fuera todo el día... que tenía asuntos pendientes... Por último añade: “No sé a qué hora regresaré, no me esperes despierta”.

Para mis adentros, musité: esto estuvo perfecto, así es mejor, sin cuestionamientos ni discusiones... Seguramente ya va entendiendo que lo nuestro se ha terminado o está a punto de...

Salió de la casa, y yo también a las dos horas, después de hacer algunas llamadas y darle la salida temprano a Lalita, bien que lo merecía, trabajaba en casa hasta en domingo cuando yo se lo pedía... ¡Claro!, le pagaba el día al triple. Pero, ahora con lo de la pandemia, ella era una bendición, nadie en su familia se había enfermado y ella misma era muy precavida con el uso del cubre boca y nariz y el gel que yo le regalaba cada quincena; además yo la traía los lunes y la regresaba a su casa el viernes o sábado, según fuera necesario. Hoy no sería así, tendría que regresarse en el uber que llamaría desde la casa, pues yo tenía el tiempo corto.

Manejé durante poco más de media hora antes de llegar a mi destino. En el trayecto pude ver que el cielo se ensombrecía: gruesas nubes grises cubrieron mi camino y adentro del coche parecía haber caído la noche, cuando apenas era medio día.

Mis ojos se nublaron y las hermosas estrellas brillantes, que la noche de anoche contemplaba sonriendo desde la ventana de mi recámara, se borraron de mi mente y mi recuerdo.

Llegué hasta la dirección, al edificio que buscaba. Estacioné el coche, descendí y me dirigí al ascensor dentro del estacionamiento. Subí al piso número nueve y me anuncié en la recepción.

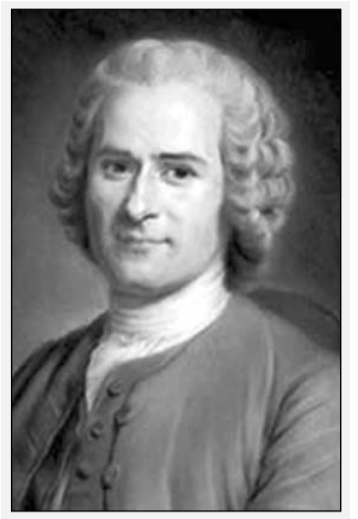
Una señorita muy amable y formal, me pidió que tomara asiento, en diez minutos me haría entrar a la oficina. La cita la hice una semana antes y confirmé mi asistencia esa mañana, después de que mi marido se fue a sus ocupaciones extraordinarias, ¡en sábado!

Aún no habían transcurrido los diez minutos, cuando la misma señorita me llamó y me dijo que podía pasar. Entré y saludé a quien se levantó para recibirme: Buenas tardes, doctor Balcázar. Pase usted... tome asiento por favor... Y, empezó él: No vamos a batallar: acaba de salir de aquí mismo, su esposa.

Vino acompañado de una mujer más joven... y embarazada. Me dijo que estaba dispuesto a pagarle a usted la cirugía estética y concederle el divorcio en las mejores condiciones. Yo no sabía que él estuviera enterado... Tampoco yo, doctor.

Entre nubes grises, rayos y truenos viajé de regreso a casa. Nadie me esperaba, ni deseaba que nadie llamara por teléfono.

Apagaría el celular.



Jean Cocteau

Novelista, dramaturgo, poeta, ensayista y cineasta francés, una de las figuras descollantes de la vanguardia en las primeras décadas del siglo XX. Su multiforme actividad se ejerció lo mismo en la poesía y en la novela que en el teatro y en el cine. También ensayó el dibujo, y llegó a ilustrar algunos de sus libros. En su copiosa producción se hallan huellas de todos los movimientos de vanguardia, pese a que Jean Cocteau nunca se adhirió plenamente a ninguno de ellos.

Nacido en una familia de la gran burguesía, Jean Cocteau perdió a su padre a los diez años y vivió con su madre y hermanos en casa de su abuelo, quien le hizo descubrir las obras de Beethoven, Berlioz y Wagner. Comenzó a escribir en 1908 y fue consagrado como adolescente prodigio.

Frecuentó los salones y conoció a Catulle Mendès, Anna de Noailles, Jules Lemaître, Edmond Rostand y Marcel Proust. Al mismo tiempo publicaba La Lampe d'Aladin (1909), Príncipe frívolo (1910) y La Danse de Sophocle (1912). Serguei Diaguilev y Stravinsky le señalaron que su camino era equivocado y decidió alejarse del éxito fácil de París retirándose al campo, donde compuso Potomak (1919), una toma de conciencia de las fuentes profundas y secretas de la poesía, expresada a través de una colección de textos y dibujos.

En 1919 conoció a Raymond Radiguet, encuentro que lo llevó a escribir Le secret professionnel (1922), tratado de arte poética y de estilo de una gran profundidad.

A partir de 1921 comenzó un período muy fecundo: Los novios de la torre Eiffel (1923), Antígona y Edipo Rey (1928) en teatro; Plain-Chant (1923), Thomas el impostor (1923) y Le Grand Écart (1923) en poesía y novela. compilación de sus versos bajo el rótulo Poesías (1916-1923), y al año siguiente escribió Orfeo y algunos poemas de Ópera.

En 1926, compuso para Stravinsky el texto de Edipo rey y publicó su Carta a Jacques Maritain, que marcó la ruptura con todo dogma religioso. En Opio (1930) describió la lucha por liberarse de la droga; durante su cura de desintoxicación en una clínica, compuso Los niños terribles (1929).

En 1930 Jean Cocteau rodó su primera película, Le sang dun poète, y dio a la Comédie-Française La voz humana. Hasta 1946 se expresó esencialmente por medio del teatro

Las dos obras más significativas de este período de posguerra son La Difficulté d'être (1947) y Le Journal d'un inconnu (1952). En sus últimos años se dedicó también a la actividad pictórica.

## ad pedem literae

“Más vale la pena en el rostro que la mancha en el corazón.”

Miguel de Cervantes

## Letras de buen humor

“El destino del genio es ser un incomprendido, pero no todo incomprendido es un genio.”

Emerson

Mónica Lavín

## La palabra vale

Los escritores lo sabemos, las usamos, las veneramos, nos asombramos, las sometemos, nos revelan, nos enaltecen. Como mineros alumbreados por esa escasa luz que proyecta la lámpara en la frente, vamos por ellas. La palabra justa, decía Flaubert. Encontrarla para que diga exactamente lo que queremos, para que produzca el efecto deseado: además de su sentido, su ambivalencia, su sonoridad, su juego en la cadencia de la oración. La palabra es elocuente, y hay profesiones que viven de la palabra. Por eso pido a quien la ostenta cada mañana, cada tantos meses, para dirigirnos un mensaje a la nación (la nación somos todos), que la esgrima con la claridad, la elegancia y la certeza que merece nuestra sensibilidad e inteligencia. La palabra revela. No es cierto que los ojos sean el espejo del alma, lo es la palabra porque aún en su retorcimiento, o por ello, enseña sus telones de fondo.

Qué sed de palabras verdaderas y profundas, empáticas con el luto por el que está pasando el país, en salud, trabajo, movilidad, seguridad, ingresos, percepción y relación con el extranjero, proyección a futuro. Qué sed de un discurso incluyente, sensato y no beligerante y divisor (como fue el leve parpadeo y encantamiento de serpientes del discurso de la toma de poder del palabroso mandatario). Hay discursos históricos, citables, que dejan huella sin que, quienes los pronuncian, de antemano los calificquen como transformadores, únicos y

parteaguas. A mi generación la marcaron las palabras de Martin Luther King: I have a dream... (tengo un sueño). Palabras elegidas, palabras pensadas, casi versos, himno al que se vuelve constantemente como referente de la justicia, la igualdad, más allá de la lucha por los derechos de los negros en Estados Unidos, tan pertinente en estos momentos.

Son pocos los momentos en la historia de la humanidad acompañados por palabras cimbradoras y sembradoras que yo recuerde como una marca del tiempo que me ha tocado vivir. Los líderes que he admirado y respetado han sido dueños de la palabra porque la palabra, a la que atribuimos poderes mágicos de niños, ese abracadabra, es guía, es certeza, y tiene estatura moral (dar la palabra es una promesa de honorabilidad). A los líderes de un país o una idea no se les pide arenga, repetición, descalificación y pobreza del lenguaje. Se les pide un compromiso con el uso de la palabra porque la palabra vale, no se puede malgastar en un decálogo insulso, propio de cualquier salón de belleza. Palabras que dan efecto de antesala, de relleno, nada nuevo bajo el sol: ocurrencias. Las palabras de un líder son luz y no son verdad absoluta, pero deben tener una estatura. Memorables las palabras de un Nelson Mandela triunfante en 1994, de Felipe González al inicio de la democracia española, de Barack Obama, presidente negro y demócrata de una nación conser-



vadora, y las de Trudeau con la melena del confinamiento hablando a los jóvenes universitarios. Mi recuerdo de un cambio significativo en la vida política de México fue el momento en que los capitalinos pudimos votar por el jefe de gobierno. La democracia imperfecta ha recorrido un largo camino. Hubo una concordancia entre nuestro espíritu de cambio y el triunfo de la izquierda pensante y crítica donde las palabras que Cuauhtémoc Cárdenas fueron piedra de toque.

Las palabras son el timón del país y no se pueden aventar como bolo de bautizo, colación de piñata, a diestra y siniestra sin que las acompañe el buen oído y la sensibilidad del que las ofrece. Ofrecer palabras es ofrecer certezas, es embonar el deseo de bienestar y proyecto de nación desde las clases bajas hasta las clases altas, sin ningunear a la clase media profesionista, para que realidad, liderazgo y futuro correspondan a una partitura que nos convoque a todos. Pero

no vivimos tiempos de pensamiento lógico y científico, vivimos tiempos caprichosos donde se nos pide buen comportamiento para desterrar la violencia que nos amenaza, usar tapabocas mientras el Presidente lo desdeña. Porque el tapabocas es una manera de silencio en estos tiempos donde se cree o no en el virus, se cree o no en los datos de las 4T. Necesitamos volver a respetar la palabra y su valor. Decir menos para decir bien. Comunicar de inteligencia a inteligencia. Despreocuparse por el rating telenoveler en donde el mundo se pinta en blanco y negro. Y devolver a la palabra su integridad y su peso. Yo quisiera tener un Presidente en cuyas palabras confiara y cuya elocuente manera de comunicar me produjera una emoción a la cual aliarme. Lo sigo buscando. Y como mi pecho tampoco es bodega (hay que reconocer que la frase quedará para los anales) pues aquí lo suelto. Falta que haya oídos para estas palabras.